

~~van al pasar bajo la montaña; se comparan a las
le y nombró lo marcos se cuando se comparan
color de sus aguas antes y después de su escursion
superiores.~~

XXXII.

El Genio de las montañas.—Tradición india.

La gruta, de la cual dejamos trascriba una rápida descripción, ha dado origen á varias fantásticas tradiciones. Relatemos una, que es la mas generalizada entre los indígenas.

Un dia, hace ya algunos siglos, cuando los *hijos del Sol* no habian posado su planta en aquellas apartadas regiones, fué sorprendido un indio en el desierto por una de esas terribles tempestades de los trópicos.

En un instante el espacio, antes lleno de luz, se cubrió de tinieblas: el trueno retumbó en el aire, haciendo temblar las montañas, y el fulgor siniestro del incendio producido por el rayo en los bosques, ofrecia á la vista un cuadro de horror sublime. El huracan azotaba las llamas, y los árboles gigan-

tescos rodaban ante su soplo impetuoso, como la hoja seca ante las brisas del otoño.

Guatapahip, horrorizado ante el imponente espectáculo de aquella tempestad, tembló, oró, pero el huracan, desprendiéndole de la roca á que sus crispados dedos se habian agarrado, le impelió hasta la entrada de la gruta. Por un momento, los golpes que habia recibido al ser arrastrado, embotaron su sensibilidad: Cuando volvió en sí, creyó que una mano de granito le oprimia contra un muro de bronce: era el huracan, que le empujaba contra una de las paredes laterales de la entrada de la gruta. Aquella opresion estaba á punto de ahogarle. Por fortuna, la luz cárdena de un relámpago, pero de uno de esos relámpagos intensos que vibran su resplandor en el espacio durante algunos segundos, vino á sacarle de su angustiosa situacion. Guatapahip lanzó un grito salvaje: era el grito de victoria del instinto. Habia visto la entrada de la gruta. Arrastróse como un gato montés por el pavimento, siguiendo las ondulaciones de la pared de la gruta. Al cabo de un instante, el horrisono silbido del huracan se fué estinguiendo: de cuando en cuando, llegaban hasta Guatapahip algunas bocanadas violentas, pero se debilitaban á medida que avanzaba. El temor le fué haciendo penetrar en la gruta: Cada trueno que retumbaba en el espacio, y que el eco reproducia tumultuosamente en las cavidades de

la caverna, le empujaba unas y mas en aquel laberinto.

Pero Guatapahip se detuvo de repente, y aun retrocedió dos pasos. Pasóse sus callosas manos por los ojos, vaciló un instante y cayó desplomado sobre el pavimento. ¿Qué habia sentido, qué habia visto? Instantáneamente se habia presentado ante su vista un espectáculo maravilloso. Habia visto encima de su cabeza un cielo azul tachonado de estrellas, astros fulgurantes que brillaban en todo su esplendor. Aquellas estrellas estaban tan cerca de su cabeza, que Guatapahip creyó encontrarse en las regiones etéreas donde el Sol levanta su trono resplandeciente. Aquel misterio suspendido sobre su cabeza, y las melodías cercanas que llegaron hasta su oído, produjeron en sus sentidos un desvanecimiento algo parecido al sopor de un sueño. En aquel sueño, Guatapahip tuvo las visiones mas magestuosas que pueden sobreir la imaginacion de un hombre. Lo que primero fué para Guatapahip un desmayo, se convirtió en el sueño mas dulce y apacible. Si se pudieran romper las tinieblas que le envolvian, se hubiera visto un espectáculo curioso. Su bronceada piel, rasgada por las heridas que habia recibido, se hallaba manchada de sangre. Los largos cabellos que descendian de su cabeza, destilaban todavia el sudor frio del terror; pero contrastaba con aquel aspecto de víctima, la tranquilidad que se irradiaba sobre su semblante. Respiraba como el niño que

duerme mecido en la hamaca. Sus gruesos labios se entreabrian con una sonrisa que jamás se habia dibujado en ellos. ¿Qué veia en su sueño Guatapahip, qué escuchaba? Dificil es decirlo o la fantasía de un sueño es como un rayo de sol, que no deja ninguna huella detrás de sí. Guatapahip veia cosas que no ven sino aquellos que han pagado su tributo á la muerte. Una armonía, de la cual solo en la selva habia recogido alguna nota cuando la brisa gemia entre las cañas, halagaba su oído. Pero esta armonía se fué apagando como un suspiro. Entonces apareció ante su vista un espectáculo grandioso. Sobre una pirámide resplandeciente de verdura, y sobre cuyos lados reverberaba el sol, como sobre una esmeralda, apareció sentado un genio. Sus ojos resplandecian como el astro del dia, y de cada uno de los cabellos que flotaban sobre sus espaldas, salia un rayo luminoso que deslumbraba. Levántate, dijo á Guatapahip. Soy el Genio de las montañas: soy el hijo primogénito del Sol. El se venga por mi mano de los que no le acatan cuando aparece y no le bendicen cuando se oculta. ¡Ay de los que dicen: ¡el sol se ha anublado! El sol amenaza con una noche eterna á los que dudan de él. Cuando la montaña se desploma sobre el valle impelida por mi aliento, mi brazo es el instrumento de su ira. Si la tierra tiembla, es que la ha sacudido mi indignacion. Soy el Genio de las montañas.

Guatapahip escuchaba estas palabras con religioso recogimiento. En tanto que el genio hablaba, todo había reverdecido en torno suyo. En un instante había brotado de las rocas una magestuosa vegetación. Una brisa, perfumada con las esencias del jazmín y de la flor del limonero, mecía las cañas de los arbustos odoríferos, que cimbreaban sus copas aquí y allá. Mil pájaros, que reunían en el plumaje de sus alas, en sus penachos y sus colas los colores del iris, se cruzaban en el espacio. Allí se hallaban reunidas todas las preciosidades de la naturaleza. Arroyos, cascadas, fuentes, bosques, frutas, y presidiéndolo todo el genio, cuya luminosa cabellera parecía haber dado vida á todo aquel cuadro.

Guatapahip comprimía la respiración como si no se atreviese á turbar con su aliento la armonía de aquel cuadro.

— Las tinieblas, prosiguió el genio, te han empujado hasta mi santuario. Las tinieblas volverán á lanzarte de aquí. Escucha antes mis palabras.

«Di á la tribu lo que has visto, pero que se guarde bien de querer tomar testimonio con sus ojos. Enséñales desde afuera mi santuario, pero guárdense de profanarle. Que la gruta sea un misterio eterno para los extranjeros. Porque vendrá un día en que otros hombres domeñarán á todas vuestras tribus, y en que otro Dios quizá domene vuestros dioses... Guardaos de decir á esos hombres, ligeros como el viento, terribles como la venganza, dónde mora el genio, porque el genio, impotente

con los hijos del Sol, será formidable contra vosotros y vuestra descendencia.»

Guatapahip vió entonces que una nube blanca envolvió la cabeza del genio. Todo empezó á oscurecerse en torno suyo, y densísimas tinieblas reemplazaron á la luz, y el silencio al movimiento concertado de la naturaleza.

Un trueno retumbó en el espacio, pero casi encima de su cabeza, la luz del relámpago penetró á través de sus párpados, y el huracán le empujó hacia fuera como antes le había empujado hacia dentro.

Cuando despertó de aquel sueño, se encontraba á la entrada de la gruta.

El sol brillaba en un cielo límpido y sereno. Los vestigios que la tempestad había dejado sobre la tierra, era lo único que marcaba las huellas de la tormenta.

Guatapahip miró asombrado en torno suyo y se encorvó para levantarse, pero volvió á caer. Unos indios cazadores de su tribu, le recogieron.

Cuando estuvieron á algunos pasos de aquel sitio, Guatapahip apretó con su mano la frente, como queriendo reconcentrar ideas que se le escapaban, hizo un ademán á los otros dos indios para que se sentaran, y estendiendo el brazo con veneración hacia la gruta, pronunció una palabra misteriosa, que sus compañeros no pudieron comprender.

— ¿Qué quieres decir? le preguntaron.

— ¿Veis el sitio en donde me acabais de recoger?

—Sí, uno de los hijos del Sol, será formidable como los otros y vuestra Guatapahip se quedó pensativo.

—¿Veis aquellas malezas detrás de él?

—También.

—Guatapahip volvió á quedar pensativo.

—Acaba, le dijeron con impaciencia sus compañeros, ¿se encuentra detrás de ellas algun puma?

Magnífica ocasion.

—Detrás de esas malezas, continuó Guatapahip como abstraído, hay una caverna. La caverna conduce cerca de aquel, dijo levantando los ojos y señalando al Sol con veneracion.

Los indios miraron á Guatapahip asombrados.

—Sí. He visto á los astros vibrar sobre mi cabeza á la distancia que me separa de la copa del cocotero.

Los indios se pusieron de pié de un brinco.

—¿Y despues?

—¡Oh! despues mis ojos vieron lo que no han visto nunca, al Genio de las montañas, al hijo del Sol, al que enciende las cumbres de los montes y calcina con su aliento los bosques, al que con su poder hace temblar la tierra como tiembla la hoja de la palmera ante el soplo del viento. «Ve y dí á la tribu lo que has visto, pero que nadie sea osado á profanar con su inmundo pié este santuario. Llegará un dia en que unos extranjeros, llegados del Oriente, domeñarán vuestros pueblos. Guardaos de decirles nunca dónde mora el Genio de las montañas.»

La maravillosa relacion de Guatapahip tenia asombrados á los indios. Estaban, mas que absortos, petrificados.

Aceleraron su marcha todo lo que lo permitia el mal estado de Guatapahip, con objeto de que este dijera á la tribu reunida lo que á ellos les habia referido.

Guatapahip tenia gran autoridad entre los suyos, y su palabra era siempre creida.

Al llegar al valle donde se levantaban sus cabañas, reunióse la tribu bajo el árbol sagrado, y Guatapahip refirió con solemnidad la gran vision.

Un anciano de la tribu habló despues, y sus palabras balbucientes corroboraban las de Guatapahip.

En su niñez, cuando apenas podia sostener el arco para disparar con seguridad una flecha, habia llegado cerca de aquella misma gruta misteriosa.

Su padre lo habia dejado descansando á la sombra, en tanto que él cazaba en los bosques vecinos.

Tlastelt, que este era el nombre del niño, se quedó profundamente dormido, pero en un sueño tan dulce y profundo, cual nunca lo habia gozado despues.

Pero en medio de aquel sueño, oyó una voz confusa; despues percibió distintamente que pronunciaba su nombre.

—¿Quien me llama? dijo restregando sus ojos.

Con asombro vió que la noche habia tendido su manto sobre la tierra.

Una honda tristeza estremeció su alma, y el esó